

ANA ALONSO MONTES

Indonesia: el fin de la era Suharto

La profunda crisis financiera de Indonesia hizo caer al gobierno de Suharto, que se mantuvo en el poder por más de tres décadas. Con el apoyo de EE UU y del ejército de su país, Suharto había impulsado un modelo de desarrollo desigual entre las diferentes regiones, y con un marcado carácter represivo de la oposición y de los timorese. La fuerte presencia islámica en el país, el rol del ejército, y el papel de los países vecinos, las grandes potencias occidentales y los organismos financieros internacionales serán los factores que influirán en mayor medida sobre la gestión del nuevo presidente Habibie, nombrado tras la caída de Suharto.

La crisis económica en el sudeste asiático está transformando el mapa político de la zona. Después de 32 años en el poder, el presidente Suharto de Indonesia, uno de los supervivientes de la Guerra Fría, fue finalmente derrotado por las consecuencias de la globalización. El sistema financiero de los países de la región –construido principalmente sobre grandes empresas en régimen de monopolio semiestatal dependientes de las fluctuaciones de la banca internacional– comenzó su declive en julio de 1997. Desde entonces, ha habido cambios ligados a esta crisis en los gobiernos de Tailandia, Corea del Sur e Indonesia.

Tras aplastar sin piedad primero al “peligro rojo” (los comunistas) y posteriormente a los separatistas (sobre todo en Timor Oriental), el presidente Suharto se ha visto obligado a dejar el poder, al comprobar que había perdido su legitimidad, basada en el orden público y en la prosperidad económica. El archipiélago de Indonesia, el cuarto país más poblado del mundo (202 millones de habitantes) está compuesto por unas 17.000 islas. Cuenta con la comunidad musulmana más numerosa del mundo. El 87% de la población es musulmán y sólo un 9% cristiano.

Como consecuencia de la crisis, con una inflación incontrolable y una rupia en caída libre, el presidente Suharto se vio obligado, en enero pasado, a solicitar un préstamo de 43.000 millones de dólares al presidente del Fondo Monetario Internacional (FMI), el francés Michel Camdessus. La imagen del rey de Java inclinado ante el funcionario extranjero era premonitoria. El régimen de Suharto, que se había mantenido durante más de tres décadas, legitimado por un crecimiento eco-

Ana Alonso Montes es periodista de la sección internacional de El Mundo y profesora de la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid.

nómico que parecía imparable, se tambaleaba al comenzar este año. Los estudiantes universitarios se lanzaron a la calle a pedir reformas políticas y a protestar por la subida del precio de los combustibles, el transporte y la electricidad, necesaria según Suharto para cumplir con las condiciones del FMI. Sin embargo, en marzo, la Asamblea Consultiva del Pueblo designó a Suharto como presidente por séptima vez consecutiva. B.J. Habibie, ministro de Ciencia y Tecnología en cuatro gabinetes anteriores, fue elegido vicepresidente.

La Asamblea Consultiva del Pueblo es el principal organismo parlamentario. Se reúne cada cinco años para elegir al presidente de la nación y aprobar un plan de política estatal. Está compuesta por mil miembros, de los que sólo 400 son elegidos por votación. El resto es nombrado por el presidente y el ejército. También ocupan un escaño en la Asamblea de Representantes del Pueblo, organismo legislativo que en la práctica se ha limitado a aprobar las leyes presentadas por el Ejecutivo. El presidente Suharto, el consejo de ministros, –integrado por personas de su confianza como su hija Tutut y su amigo el millonario Bob Hasan– y los oficiales de alta graduación ejercían el poder sin limitaciones. Se trataba de una democracia de fachada.

Además del Golkar, el partido en el poder, sólo podían competir en las elecciones otras dos formaciones políticas: el Partido Democrático de Indonesia y el Partido Unido para el Desarrollo. Los candidatos debían someterse a la aprobación del presidente, que hasta ahora ha silenciado a todo aquel que pudiera hacerle sombra. En junio de 1996, por ejemplo, Megawati Sukarnoputri, hija del primer presidente de Indonesia depuesto por el golpe militar encabezado por Suharto en 1965, perdió el liderazgo del Partido Democrático de Indonesia en una operación alentada por fuerzas leales al presidente. Megawati se ha mantenido en un segundo plano en esta crisis, mientras que Amien Rais, líder de la Muhammadiyah, una organización musulmana que se atribuye 28 millones de seguidores, ha logrado atraer la atención de los medios internacionales.

La familia y otros aliados

En 1965, Suharto, un discreto general de origen humilde, encabezó la sublevación anticomunista que acabó con el régimen de Sukarno –líder de la independencia frente a la potencia colonial holandesa– y posteriormente con la vida de medio millón de personas, en una salvaje caza de brujas en plena Guerra Fría. Los comunistas habían logrado un gran apoyo popular y Sukarno no parecía estar dispuesto a frenar su avance. La muerte de seis generales dio pie a los militares a hacerse con las riendas del poder, que depusieron al presidente. Sukarno permaneció en arresto domiciliario hasta su muerte en 1970. Medio millón de indonesios fueron asesinados por filocomunismo. Hace 30 años, en marzo de 1968, la Asamblea Consultiva del Pueblo le nombró presidente por primera vez. El cambio de guardia contaba con el visto bueno de Estados Unidos, que así ganaba una pieza en el tablero de la zona.

La ayuda de Washington sirvió también para enriquecer las arcas del dictador. Según una investigación de George J. Aditjondro,¹ profesor de sociología en

¹ George J. Aditjondro, "Suharto and sons", *Washington Post*, 25 de enero de 1998.

la Universidad de Newcastle (Australia), Suharto concedió el monopolio de la harina a su amigo, el empresario de origen chino Liem Sioe Liong, hoy el hombre más rico de Indonesia. El trigo provenía de Estados Unidos gracias al programa "Comida para la Paz". Ese fue el primer ladrillo del imperio económico de la familia Suharto, valorado en unos seis billones de pesetas. Los seis hijos del depuesto presidente poseen importantes bienes ligados a monopolios que su padre les ha concedido como si se tratara de un monarca medieval. Por ejemplo, su hija mayor, Siti Hardiyanti Rukmana, la ya mencionada Tutut, posee una fortuna valorada en unos 70.000 millones de pesetas, según el diario *Financial Times*. Otro de los hijos, Hutomo Mandala Putra, a quien conocen como Tommy, hacía un uso discrecional de las arcas estatales para su uso personal. Su capricho más conocido fue el *Timor*, un automóvil de supuesta fabricación nacional. En realidad, se trataba de un coche fabricado en Corea del Sur, que podía ser importado sin gravámenes.

Las condiciones impuestas por el FMI a Indonesia han obligado a la familia a renunciar a muchos de sus proyectos, la mayor parte ligados a la iniciativa del Estado. Una de las incógnitas del proceso iniciado con la renuncia de Suharto es qué ocurrirá con su fortuna. Si bien el líder musulmán Amien Rais –que exige elecciones anticipadas a las que se presentará como candidato– reclama que el depuesto presidente sea juzgado y que devuelva sus bienes al Estado, el ejército, auténtico árbitro de la situación, ha garantizado la seguridad de Suharto y su familia tras su dimisión.

El ejército y EE UU sirvieron de pilares para que Suharto ejerciera un poder casi absoluto. Después de las revueltas de los estudiantes, que tuvieron un saldo de por lo menos seis muertos en la Universidad Trisakti, y de los saqueos contra los comerciantes chinos, que desembocaron en una tragedia mayúscula al incendiarse unos grandes almacenes y morir unas 500 personas, tanto las Fuerzas Armadas, al mando del general Wiranto, como Washington, se dieron cuenta de que su aliado había perdido el control político. La secretaria de Estado estadounidense, Madeleine Albright, pidió a Suharto el 20 de mayo que hiciese "un gesto histórico de hombre de Estado". A su vez, el presidente del Parlamento le dio un ultimátum para presentar la renuncia. El opositor Rais había renunciado a convocar a la población a una marcha multitudinaria para evitar un nuevo Tiananmen. Al día siguiente, Suharto anunció su dimisión y pidió perdón por los errores cometidos. Un gesto nada desdeñable, si se tiene en cuenta que poner en duda la capacidad del jefe del Estado, o criticar su gestión, es un delito que en Indonesia se paga con la cárcel.

Un desarrollo desigual y centralizado

El *padre del desarrollo*, como gustaba llamarse a Suharto, impulsó el progreso en el país, pero de forma muy desigual. Del mismo modo que la riqueza de su familia contrasta con la pobreza de muchos barrios de Yakarta, el régimen explotó las riquezas naturales de las islas periféricas sin compensar esta explotación con inversiones. Las diferencias entre Java (donde se concentra el 60% de la población y el poder político y militar) y el resto de las islas son enormes. A la vez que luchaba contra la disidencia política, Suharto, como Tito en Yugoslavia, construía

un régimen centralista que aplicaba medidas represivas muy severas contra cualquier tipo de conato separatista. Se calcula que en Indonesia hay más de 300 etnias, siendo la dominante la javanesa. Curtis Runyan, analista de *World Watch*, cita a un crítico del régimen de Suharto que compara la situación con la época de la metrópoli holandesa. Así como los holandeses se enriquecieron con la madera de teca y las especias que transportaban desde Java hasta Holanda, ahora Java se apropia de grandes cantidades de petróleo, madera, carbón y oro de las otras islas.² Runyan también menciona el ejemplo de las provincias de Aceh, en el norte de Sumatra, y Papúa Occidental, donde la riqueza por habitante es la más alta del archipiélago, aunque los ingresos por habitante son mucho más bajos. En Irian Jaya el nivel de Producto Interior Bruto es el sexto de las 27 provincias indonesias, pero sigue siendo la zona de mayor pobreza rural.³

Teniendo en cuenta estos parámetros (el enriquecimiento de una élite ligada al presidente y su familia y la desigual concentración de recursos y progreso en las diferentes islas) los expertos reconocen que el avance económico de Indonesia durante la era Suharto fue muy importante. Los ingresos medios aumentaron de 50 dólares en 1967 a 650 en 1994; la alfabetización pasó de un 36 a un 77%; en 1974, el país era el mayor importador mundial de arroz mientras que ahora se autoabastece. Más controvertidas son las cifras relativas al nivel de pobreza. Mientras las autoridades de Yakarta aseguran que no supera el 15%, cuando era de un 60% hace 30 años, diversos expertos como el economista indonesio Faisal Basri calculan que el 82% de la población vive con 30 dólares (unas 4.500 pesetas) al día. La minoría china, apenas el 5% de la población, domina las dos terceras partes de la economía del país. Suharto, que suele aliarse con ellos en los negocios, los ha utilizado de chivo expiatorio y últimamente ha tratado de acercarse más a los emergentes islamistas. La prosperidad de los comerciantes chinos les convirtió en las principales víctimas de la ira de la población indonesia desde que comenzó la crisis.

***Pancasila* y represión**

Suharto basaba su legitimidad en este progreso desigual y en el orden social y político. Era un exponente de los *valores asiáticos*, que se traduce en sacrificar los derechos individuales en beneficio de la armonía de la colectividad. Para lograrlo, el Nuevo Orden de Suharto combinaba los métodos represivos con un rígido control ideológico, que se plasmaba en la ideología del Estado o *Pancasila*. Contiene cinco principios: creencia en un solo dios, humanitarismo, unidad nacional, democracia y justicia social. Criticar o desviarse de estos principios constituye delito. Incluso el opositor Amien Rais, en las entrevistas que ha concedido tras la designación de Habibie como presidente, defiende la *Pancasila* antes que el establecimiento de la ley islámica.

Los sucesivos informes sobre la represión en Timor Oriental o las violaciones

² Curtis Runyan, "Indonesia's Discontent", *World Watch Magazine*, mayo/junio de 1998.

³ *ibídem*.

de los derechos humanos de las que daba cuenta Amnistía Internacional⁴ no influyeron en los países occidentales, entre ellos España, para dejar de vender armas al régimen de Suharto. La concesión del Premio Nobel de la Paz en 1996 al obispo de Dili, monseñor Ximenes Belo, y al disidente timorense Ramos Horta, no estuvo acompañada de sanciones comerciales contra el régimen de Yakarta. Timor, antigua colonia portuguesa que fue ocupada por las Fuerzas Armadas Indonesias en 1975, ha vivido las escenas de represión más cruentas bajo el mandato de Suharto. A finales de 1991, casi 300 personas fueron asesinadas al abrir fuego las tropas gubernamentales contra una manifestación pacífica en el cementerio de Santa Cruz, en la capital timorense. La liberación del líder del Frente Revolucionario por la Independencia de Timor Oriental (Fretilin) podría indicar hasta dónde puede ir con sus promesas de cambio el sucesor de Suharto.

Habíe ha prometido elecciones, excarcelaciones y un plan de reformas para lograr la necesaria ayuda del FMI. La oposición, espacio que ha aprovechado el islamista Rais para avanzar en su camino hacia el poder, exige que la convocatoria a las urnas tenga lugar antes de un año. El proceso cuenta con los mismos árbitros que vigilaban el juego durante la era Suharto: los militares.

El futuro en manos del ejército

El ejército indonesio, como se ha podido ver en el tranquilo desalojo de los estudiantes de la Universidad de Yakarta, desempeña un papel fundamental en la evolución política de Indonesia. Como se afirma en un reciente informe del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres (IISS), la democratización no es posible sin contar con las poderosas Fuerzas Armadas de Indonesia.⁵ En esta investigación hay referencias a las diferentes tendencias del ejército indonesio y al enfrentamiento soterrado entre el general Wiranto, jefe de las Fuerzas Armadas de Indonesia y ministro de Defensa, y el general Prabowo Subianto, yerno de Suharto y ex jefe de las operaciones militares en Timor Oriental.

Cuando Suharto presentó su dimisión, el general Wiranto tomó la palabra acto seguido para confirmar el apoyo del ejército a su sucesor. Días después, destituyó al general Prabowo y le envió fuera de Yakarta a una escuela militar. El general Wiranto representa un sector más moderado que Prabowo y goza de las simpatías del empresariado chino, tradicional chivo expiatorio de la política indonesia, al que ha defendido en ocasiones. Wiranto fue quien decidió que el Parlamento de Yakarta no fuera una reedición de Tiananmen. Expresó además su comprensión hacia las reivindicaciones de los estudiantes. Ha sido, sin duda, una figura clave en el desarrollo de la crisis. Tiene en sus manos la llave del futuro.

⁴ Amnistía Internacional, *Indonesia y Timor Oriental. Poder e impunidad. Los derechos humanos bajo el Nuevo Orden*, septiembre de 1994.

⁵ International Institute of Strategic Studies, "The role of the Army in Indonesia's political future", *Strategic Comments*, Londres, marzo de 1998.